

der á todos los hombres libres el poder que los sacerdotes y los déspotas se habian abrogado. Ruda era la tarea. Dos razas trabajaban en ella: los Griegos tomaron la iniciativa; nacieron divididos y sólo llegaron á fundar la ciudad subordinándole todas las fuerzas individuales. Los Romanos acabarán la obra; entonces aparecerán las razas destinadas á realizar la libertad y la igualdad, conciliando la soberanía del individuo con la del Estado.

II.

Se ha dicho que lo que constituye la grandeza de Roma es que en sus revoluciones jamas invocó los derechos naturales del hombre contra el Estado (1). Si un Romano resucitara y comparara nuestro estado social con su república, no tendría otro lenguaje. ¿Por qué, en medio de las incesantes revoluciones de Roma, no se trató nunca de los derechos que la naturaleza ha dado á todo sér humano? Porque los Romanos, lo mismo que los Griegos, desconocían la verdadera libertad. ¿Cuál fué el objeto de las largas luchas que desgarraron la Ciudad Eterna? En Roma, como en las ciudades de la Grecia, las clases inferiores querían conquistar la igualdad y la soberanía; en cuanto á la libertad, jamas pensaron en ella. Mas ¿qué es la igualdad sin libertad? La lucha de los pobres contra los ricos; al término de esta lucha se encuentra la anarquía, porque la igualdad de fortuna es imposible, y la anarquía arrastra fatalmente al despotismo, engendrándolo en cierta manera y dándole una apariencia de legitimidad. Tal es el destino de Roma.

Al decir que los Romanos jamas tuvieron el espíritu de libertad, parece que rebajamos al pueblo rey. ¿Saldrán de sus tumbas los orgullosos ciudadanos de Roma para protestar contra esta injuria? Si es verdad que la libertad consiste en los derechos de la individualidad humana, hay que confesar que los Romanos no la conocieron. Todo su estado social descansa sobre la idea de poder y no sobre la de libertad; ¿dónde está la libertad en la familia romana? El padre de familia únicamente es libre; pero su libertad, semejante á la de los déspotas de Oriente, consiste en el poder de ha-

(1) MOMMSEN. Véase mi *Estudio sobre Roma*.

cerlo todo. Este poder no es la libertad. Prueba de que los Romanos ni siquiera sospechaban que el individuo tuviese derechos emanados de Dios, derechos que no podía enajenar y de que nadie alcanzaba á despojarle, que permitían á los hombres libres vender su libertad. ¿Qué digo? El deudor empeñaba su libertad y su vida por el sólo hecho de contraer deudas. Es decir, que la libertad del Romano no tenía á sus ojos más valor que sus bienes muebles é inmuebles.

Verdad que el pueblo era soberano, pero su soberanía no le daba la libertad; porque no la ejercía sino para delegarla, y la delegaba entera, absoluta, sin reservarse ninguno de los derechos que declaramos inalienables. La idea griega se mantiene siempre. Los ciudadanos son absorbidos por el Estado, y no viven sino en el Estado; por mejor decir, únicamente el Estado disfruta verdadera vida; los ciudadanos carecen de derecho; el que utilizan les viene del Estado, y éste puede despojarles de él. Créese generalmente que la libertad nació con la república, por una ilusión de esta palabra. En realidad, sólo el nombre cambió. El poder de los reyes era un derecho de dominio, es decir, un poder absoluto, y los cónsules heredaron el poder real. ¿En qué consiste la libertad de los ciudadanos? El pueblo nombraba los cónsules, delegando en ellos la soberanía, y se obligaba á una obediencia pasiva.

La larga lucha entre patricios y plebeyos ¿tenía por objeto la libertad? No, los plebeyos querían participacion en el poder y en los honores. Tan cierto es que no pensaban en derechos iguales, que apenas vencedores, formaron una nueva aristocracia tan estrecha, tan aborrecible como el antiguo patriciado. El pueblo acabó por dominar. ¿En qué consistió entonces su libertad? En tener pan y juegos. ¿Fué más real la igualdad? Los Césares, órganos de la democracia, hicieron á la aristocracia ruda guerra; pero el pueblo, ¿qué ganó? ¿Qué es la igualdad bajo el despotismo? Una burla amarga. La igualdad ostenta valor para los hombres en cuanto disfrutan derechos iguales. Donde no hay derechos, ¿qué vale la igualdad?

Luego ¿qué progreso realizó Roma sobre Grecia? La libertad y la igualdad no fueron mayores en Roma que en las repúblicas griegas. Para descubrir la ley del progreso es preciso dejar á un lado los derechos del hombre y considerar cuál era

la verdadera mision de la antigüedad. Consistía esta mision en fundar la ciudad y en desarrollar dentro de ella la brillante cultura que se ha convertido en uno de los elementos de la civilizaci6n moderna; por consiguiente, mision de unidad más bien que de libertad. Los Griegos crearon la ciudad; los Romanos le dieron la unidad que la raza helénica, dividida al nacer, era incapaz de fundar. En las ciudades de la Grecia, la victoria de la aristocracia ó de la plebe conducía á la opresion ó al exterminio de los vencidos. En Roma, la lucha condujo á la unidad, y, hasta cierto punto, á la igualdad. Un escritor griego ha reconocido la superioridad de Roma sobre Grecia: "Los plebeyos, dice Dionisio de Halicarnaso, no pensaron jamas en matar á los patricios para apoderarse de sus propiedades; los patricios no concibieron jamas la idea de exterminar al pueblo para reinar sin obstáculo. Tomáriaseles más bien por hermanos discutiendo con hermanos y terminando amigablemente sus diferencias." Si la igualdad condujo al despotismo, consistió en que faltaba á los Romanos el espíritu de libertad. Las razas germánicas van á traerle al mundo y á abrir una nueva era para la humanidad.

§ IV.—La libertad y la igualdad cristianas (1).

I.

Si se presta crédito á los apologistas del cristianismo, ese progreso se debe á Jesucristo, no á los Bárbaros. ¿Es cierto que la igualdad política y social fué predicada por el Cristo? ¿Es cierto que el movimiento de libertad, tan poderoso en las sociedades modernas, tiene su principio en la *buena nueva*? Jesus, mejor dicho, su gran apóstol San Pablo, enseña la igualdad religiosa: "Todos, dice, somos bautizados en un mismo espíritu, para formar un solo cuerpo, sea Judíos, sea Griegos, sea esclavos, sea libres." No puede decirse que haya un progreso en esta predicacion de la igualdad religiosa. El Buddha la habia ya predicado en la India, y los Judíos admitían tambien á los Gentiles á tomar parte en las promesas de la Ley. Pero la inspiracion de los apóstoles fué más poderosa

(1) Véanse las partes cuarta y séptima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

que la de los buddhistas y de los doctores judíos, fundada en un sentimiento más profundo de la unidad. El proselitismo judaico fué poco eficaz, al paso que la propaganda cristiana convirtió al Occidente y está destinada á dar la vuelta al mundo.

La Iglesia alterará el ideal de San Pablo. En la doctrina del apóstol de los Gentiles, el Cristo es el redentor universal; todos los hombres son órganos de Dios, todos están inspirados por el mismo espíritu; todos, por consecuencia, son igualmente santos, todos son sacerdotes. Cuando se estableció la Iglesia, Dios y la religion, en cierto sentido, se convirtieron en patrimonio exclusivo de los clérigos; la masa de los fieles fué relegada á una condicion inferior. De aquí una division, y, por consiguiente, la desigualdad. El sacerdote es superior al laico, porque él es quien pone á los fieles en contacto con Dios; sin su intermediario, no pueden obtener la salvacion. Con todo, hay un abismo entre el sacerdocio cristiano y el indio: el derecho de herencia ha desaparecido, y con él la idea de castas. Todo cristiano puede ser sacerdote. La igualdad es tambien más grande que entre los Judíos: ya no hay tribu sacerdotal.

Á pesar de la desviacion del ideal evangélico, tal como San Pablo le habia concebido, la Iglesia mantiene el principio de la igualdad en medio de la desigualdad feudal. No conoce nobles ni villanos; no admite entre los hombres otra distincion que la del mérito y la virtud. La Iglesia, dice un monje del siglo XI, desdeña á la nobleza que tiene su origen en la vanidad de la carne. "Todos los hombres tienen un mismo origen, dice un papa; todos salen desnudos del seno de su madre. ¿Qué es la nobleza, la distincion del nacimiento? Un simple accidente; lo que los hombres hacen no liga á la Providencia." Gregorio VII, que vió á sus piés al rey de Alemania, era hijo de un carpintero, y los barones que tomaban el capillo se confundían con los hijos de los siervos.

La Iglesia mantiene la igualdad en su seno; pero no pensó en extenderla á las relaciones civiles y políticas. No es verdad que aboliera la esclavitud ni que emancipara los siervos. Los que la honran, atribuyénle esta profunda revolucion, olvidan que se trata de una revolucion económica, y que el cristianismo es una religion del otro mundo. El espiritualismo cristiano no permitía á la Iglesia interesarse por la igualdad civil. Los Bárbaros son

los que imprimen el primer movimiento á la emancipación de las clases dependientes; los parlamentos y no los concilios los que hacen desaparecer los últimos vestigios de la antigua servidumbre. Sin duda la igualdad religiosa implica la igualdad civil; pero para sacar esta consecuencia del principio cristiano, se necesitaron razas nuevas y un nuevo desenvolvimiento de la civilización; en una palabra, se han necesitado revoluciones que en muchos puntos son hostiles al cristianismo.

II.

¿Débase al cristianismo el espíritu de libertad que anima á los pueblos modernos? Bien se tome la libertad en el sentido que Griegos y Romanos la tomaban, bien se la tome en el que le daban los pueblos germánicos, fuerza es contestar: no, el cristiano no conoce más que una libertad, la del alma, la que consiste en sobreponerse al imperio de las pasiones. En cuanto á la libertad que Griegos y Romanos practicaban en los felices tiempos de sus repúblicas, es absolutamente indiferente á los discípulos del Cristo. Nacido en una época en que el despotismo imperial había sustituido á la república, el cristianismo proclama, por boca de su fundador, que es preciso dar al César lo que es del César, y los apóstoles predicán á los fieles que deben obediencia á las autoridades establecidas, esto es, á la autoridad de los emperadores monstruos. Si se funda la libertad en los derechos naturales del hombre, con mayor evidencia se observa que es ajena al cristianismo. ¿Cuál es el ideal de la perfección evangélica? Los Padres de la Iglesia responden que la vida monástica; y ¿cuáles son los elementos de esta perfección? La renuncia del mundo, la abdicación de la familia y de la propiedad: "Si queréis ser perfectos, vended cuanto poseáis y dadlo á los pobres, y encontraréis tesoros en el cielo; venid después y seguidme.", Estas palabras fueron las que llevaron al desierto á San Antonio, el padre de los anacoretas. "No améis el mundo, dicen los apóstoles, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está con él.", En el mundo no hay más "que codicia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida.", Estas máximas impulsaron á millares de monjes á renunciar al mundo para practicar la castidad, la pobreza, la obediencia y

la humildad; tal es la perfección cristiana; ¿qué tiene esta perfección de común con la libertad política?

Dirémos más: tomada al pie de la letra, la perfección evangélica destruye la individualidad, que es principio y fuente de libertad. Lo que domina en el monaquismo es el sacrificio de la personalidad humana. Actualmente reclamamos para cada hombre la propiedad, como marca y garantía de su individualidad y de los derechos que ésta implica. San Benito, el organizador del monaquismo, condena la propiedad como un vicio. Los cenobitas no podían poseer nada en propiedad, ni su cuerpo ni su voluntad. La personalidad estaba aniquilada. Creíase de esta suerte imitar al Salvador, que, siendo Dios, se aniquiló hasta la forma de esclavo, como dice el apóstol. El asceta no tiene nunca un instante de espontaneidad. Usar de su propia voluntad, obrar conforme á su libre albedrío, "es una cosa contraria á la razón.", Los más santos personajes, los fundadores de órdenes poderosas, proclaman que los consejos de perfección, base del monaquismo, conducen á la abdicación de toda individualidad. San Francisco exige de sus discípulos que estén muertos, verdaderamente muertos, en el sentido de que no resistan en lo más mínimo á las órdenes de sus superiores, como un muerto no resiste á cualquier impulso que le mueve. "Quiero, dice, que mis discípulos estén muertos y no vivos.", San Ignacio da por ley á sus discípulos que sean como cadáveres. El ideal del cristianismo es, por tanto, la muerte, la destrucción de la individualidad humana. Esto equivale á destruir hasta la idea de libertad.

No obstante, esta religión de muerte inauguró, en cierto sentido, la era de la libertad moderna. Hay un hecho que domina todo el destino del cristianismo. El Cristo, repetimos, no ha venido para los Griegos y los Romanos, ha venido para los Bárbaros. Fuerza es, por tanto, que haya un lazo íntimo entre su doctrina y el genio de las razas germánicas. Ahora bien, lo que caracteriza á los Germanos es el espíritu de libertad. Si el cristianismo fuera hostil á la libertad del individuo, no se concebiría que los pueblos germanos le abrazaran con tanta facilidad y entusiasmo. Realmente hay una admirable armonía entre la libertad germánica y la inspiración de Jesucristo. Á propósito empleamos una palabra vaga para interpretar el pensamiento expresado en esta famosa frase: "Dad á

Dios lo que es de Dios.", Según los protestantes liberales, Jesucristo reclamó los derechos del hombre con relación al Estado, lo que equivale á decir que nuestra libertad es cristiana en esencia. Mucho decir es. Jesús no podía pensar en los derechos naturales del hombre, porque su reino no es de este mundo. Pero sí es cierto que arrebató á César el imperio de las almas. Los antiguos absorbían al individuo en la sociedad, hasta el punto de que sólo el Estado tenía derechos; el individuo no conservaba ninguno como hombre, ni siquiera la libertad de conciencia. De aquí la confusión de todos los poderes en la persona de César, á la vez emperador y sumo pontífice. El creyente se confundía con el ciudadano, y no disfrutaba el uno mayor libertad que el otro. Jesucristo comenzó la obra de emancipación, enseñando que el hombre no debía dar al César lo que era de Dios, lo que equivalía á proclamar la libertad religiosa. Los Germanos acabaron la obra, reivindicando para el hombre la libertad política.

Dudoso es que Jesucristo entendiera esas famosas palabras en el sentido que hoy les prestamos. Si creía en el fin próximo de todas las cosas, como dicen sus discípulos, es imposible que quisiera reivindicar derechos de ningún género para la humanidad que iba á morir. Lo cierto es que la Iglesia, apenas establecida, tué la primera en desconocer los derechos de la conciencia que el Cristo había osado reclamar á la faz de César, confiscando la libertad en su provecho y ocupando el lugar de Dios. El creyente no era esclavo del Estado, pero sí lo era de la Iglesia; y el Estado, durante siglos, puso su poder al servicio de la Iglesia para encadenar las conciencias. Así una palabra de libertad fué trasformada en una máxima de servidumbre. Esto se verificó desde los primeros siglos; tan pronto como la Iglesia fué reconocida predicó á los reyes "que príncipes cristianos no podían permitir que se profesase otra religión que la de Cristo; que no cabía tolerancia para los idólatras, los Judíos y los heréticos; que los reyes debían utilizar su poder para sustentar la causa de Dios; que eran cómplices de los crímenes que no castigaban, y que los mayores crímenes eran los que se cometían contra el más grande de los seres.",

¿Cómo la intolerancia ocupó el puesto de la libertad? Las razas germánicas debían ser educadas y moralizadas por la Iglesia antes de poder ejer-

ciar los derechos de la conciencia, y no puede haber conciencia libre sino á condición de que esté ilustrada. Hé aquí la causa providencial de la dominación de la Iglesia. Sólo después de una educación secular vieron los hombres de raza germánica, abriendo la Biblia, que la Iglesia había usurpado el poder de Dios, y le hicieron ruda guerra. Para vencer á esa potestad terrible se vieron obligados á invocar la palabra divina contra la usurpación sacerdotal. Nueva cadena. El creyente fué emancipado de la tiranía de la Iglesia, pero á condición de ser esclavo de una letra muerta. Necesitáronse nuevas revoluciones, necesitóse la influencia de la filosofía para emancipar completamente al hombre y para ponerle en posesión de sus derechos inalienables é imprescriptibles.

El cristianismo tradicional es siempre hostil á la libertad de conciencia, y rechaza como un delirio el libre pensamiento. Es un absurdo suponer que le debemos la libertad política que disfrutamos. ¿Cómo ha de ser libre el hombre cuando no lo es el pensamiento? Y si el hombre no tiene derechos, ¿cómo ha de ocuparse de garantías para proteger una libertad que no existe? El cristianismo, aún tomándole como un ideal, es una religión del otro mundo y abandona la tierra á César. ¿Qué le importa una sociedad donde reina el espíritu del mal? Huye de ella y se contenta con la libertad interior. Cierto que predica á los príncipes las virtudes del Evangelio, pero esto no basta para fundar la libertad; es preciso garantías contra el abuso de poder, y los cristianos, como los Griegos y los Romanos, ni siquiera sospecharon esas garantías. Léjos de reanimar el sentimiento de la libertad, que se había aniquilado en la decrepitud de la antigüedad, le extinguió, concentrando las preocupaciones de los fieles sobre otro mundo, sobre otra ciudad, la celeste Jerusalén.

Si dejamos la teoría para consultar los hechos, encontraremos que la Iglesia ha sido siempre y por todas partes el enemigo de la libertad. Los primeros gérmenes de nuestros derechos políticos datan de la Edad Media: nuestros antepasados reclamaron, con las armas en la mano, las cartas que emanciparon á los municipios de los abusos del feudalismo. ¿Qué eran esos señores de las ciudades contra los cuales se sublevaban los plebeyos? Obispos ó abades. Todos los cronistas contemporáneos de las insurrecciones comunales son

hostiles á los municipios, porque todos son clérigos, enseñándonos que la Iglesia trataba de *funes-tas y de execrables* las tentativas de nuestros padres para librarse de las exacciones del feudalismo. Si su poder hubiese estado á la altura de su mala voluntad, seríamos aún hoy siervos de los obispos y de los abades. Entre las naciones libres hay una raza privilegiada: la primer carta que consagra los derechos de los Anglo-Sajones remonta al siglo XIII, y fué arrancada á un rey despreciable por los barones normandos. ¿Quién tomó la defensa de Juan Sin Tierra? ¿Quién condenó la empresa de sus vasallos? Inocencio III, uno de los grandes papas de la Edad Media, que rompió la Carta Magna, calificándola de obra del diablo, vil y vergonzosa, y pretendiendo que la usurpacion de los barones era un oprobio para la nacion inglesa (1).

Así la Iglesia reprueba, condena y rompe las primeras cartas de libertad conquistadas por la Europa moderna. ¿Qué quiere, pues, y qué predica? El Bajo-Imperio responde á nuestra pregunta. Nunca la religion ha ejercido tanto imperio sobre los hombres como en Constantinopla. Los emperadores eran teólogos, y bajo su régimen el despotismo llegó al mayor grado de degradacion. Y no se diga que el cristianismo es ajeno á la tiranía bizantina, pues la agravó imprimiéndole un carácter sagrado. El jefe del imperio llevaba el título de santo; príncipes que se decían cristianos se hacían adorar por sus vasallos, y en tiempo de Justiniano se vió á los obispos tributar á una prostituta honores que los hombres no debieran rendir más que á Dios.

No proseguirémos esta crítica del cristianismo tradicional. En apariencia, combatimos contra nosotros mismos. Nuestro fin es probar el progreso por los hechos. ¡Ahora bien, hé ahí una poderosa religion que, léjos de despertar el espíritu de libertad, da la mano al despotismo más envilecedor que ha corroido la tierra, y reprueba las primeras insurrecciones que se hicieron en nombre de los derechos del hombre! ¿No es esto un cruel mentís á la doctrina del progreso? Bien falsa idea tendríamos de la perfectibilidad humana si creyéramos que el progreso es regular en todas sus faces,

(1) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre el papado y el imperio*.

como el curso de los astros; de suerte que una religion nueva debiera ser siempre un progreso, no solamente en el dominio de la moral y de la religion, sino tambien en el desarrollo de la libertad civil y política. El cristianismo ha realizado un progreso inmenso, lo hemos dicho y lo repetimos pero no hay que pedir ideas políticas á una religion de otro mundo. Atribuir al cristianismo una influencia que no ha podido ejercer, es comprometer la existencia del progreso, puesto que equivale á ponerla en contradiccion con los hechos. Importa ante todo restablecer la realidad de las cosas. En la Edad Media se ha realizado un progreso considerable en sentido de la libertad; pero no le debemos al cristianismo, sino á la raza germánica. Montesquieu dice: "En la admirable obra de Tácito sobre las costumbres de los Germanos se verá que de ellos han tomado los Ingleses su gobierno político. Este hermoso sistema se ha encontrado en los bosques.

§ V.—La servidumbre germánica y la libertad feudal.

I.

La Edad Media es una época de anarquía, de opresion, de ignorancia y de tinieblas. ¿No es este un mentís á la doctrina del progreso? Las respuestas á esta vulgar objecion no faltan. El progreso es continuo, pero no regular, por cuanto no se realiza sin sacudidas en todas las manifestaciones de la actividad humana. Hay tiempos de parada y de agitacion en la vida del género humano, como en la vida de los individuos. El hombre es presa de la enfermedad, pero el mal es más aparente que real: las más veces tiene por causa una fuerza latente que debe producirse ó una trasformacion que debe operarse. Tal es la muerte, el mayor de los males que temen y deploran los hombres. Pero es una evolucion nueva, y por lo tanto, un progreso. Lo mismo decimos de las revoluciones violentas que cambian la faz del mundo. La brillante cultura de la antigüedad es reemplazada por la barbarie de la Edad Media. La noche reina en las inteligencias; la fuerza domina, el Estado no existe, y un número infinito de tiranelos feudales oprimen á las clases dependientes. Edad de hierro la llaman los historiadores, y la mayor parte echan de mé-

nos la civilizacion de Grecia y de Roma. Á decir verdad, es el mundo antiguo que se muere, y hubiera muerto realmente sin la invasion de los Bárbaros, víctima de la decrepitud y de la corrupcion. Los Bárbaros vienen á salvar la humanidad, pero no á destruir la brillante civilizacion de la antigüedad, que estaba ya muerta. ¿Acaso se llamará civilizacion la ignorancia sabia y la supersticion erudita que se ostentan en Constantinopla? Los Bárbaros traen al mundo lo que le falta, el espíritu de libertad, sin el cual no hay vida posible, ni intelectual ni moral. Bajo este soplo vivificador todo renace. Las tinieblas se disipan; la luz reaparece más viva, más brillante que nunca. Lo que se creyera decadencia y muerte era más bien condicion de una regeneracion universal. Bajo este punto de vista, el feudalismo bárbaro, inculto, supersticioso, es un progreso sobre Grecia y Roma. Y no es esta una opinion, una teoría, una paradoja, sino un hecho positivo.

Uno de los grandes filósofos de la antigüedad, el discípulo de Platon, el maestro de Alejandro, Aristóteles, enseña que hay hombres esclavos por su naturaleza, inferiores á los hombres libres, como el bruto lo es al sér dotado de razon, colocándoles su organizacion al nivel de los animales domésticos. Aristóteles hace á Dios cómplice de sus errores. La naturaleza, dice, es quien destina á los unos á los trabajos corporales y á los otros á las funciones de la vida civil y política. Consecuencia de esta doctrina es que siempre habrá esclavos. La servidumbre es ley de la humanidad, y como tal, eterna. Pues bien, resulta que esta pretendida ley natural viola la ley que la naturaleza, mejor dicho, Dios ha dado á los hombres. ¿Quién restablecerá á la naturaleza en sus derechos? Los Bárbaros, es decir, los mismos pueblos que el filósofo griego condenaba á servidumbre eterna. ¡Maravilloso testimonio en favor del progreso! El orgullo helénico entregaba la inmensa mayoría de los hombres á la esclavitud, y el pensador más profundo de la Grecia sancionaba esa brutal pretension, elevándola á la altura de una doctrina. Pues bien, los Bárbaros, despreciados por la filosofía, tienen un sentimiento más justo de la dignidad humana que los Griegos y que la filosofía, y son ellos los que inauguran la era de verdadera libertad; y esto se verifica en esa edad de barbarie y de tinieblas que horroriza á los historiadores! Asistamos á este

espectáculo, que confirmará nuestra fe en el progreso al par que en el gobierno de la Providencia.

Los Germanos tenían esclavos, pero una diferencia profunda separaba la servidumbre germánica de la servidumbre romana. Ya llamó esto la atencion de Tácito: "Los esclavos, dice, no están, como entre nosotros, sujetos á los diversos empleos del servicio doméstico. Cada uno tiene su habitacion y sus penates, que rige á su antojo. El amo les impone, como á sus arrendadores, cierto censo en trigo, en ganado y en vestidos; á esto se limita su servidumbre." Era, como se ve, una dependencia más bien real que personal. En las costumbres que despues de la invasion recogieron los Bárbaros, bajo el título de leyes, se ven tambien esclavos destinados al trabajo de la tierra, los que se vendían con el feudo, de que formaban una parte integrante. La servidumbre ó la anexion del siervo á la gleba es una vieja institucion que data de los bosques de la Germania. Pero esta servidumbre fué el primero y más difícil paso en la trasformacion de la esclavitud antigua. El mundo antiguo pereció por la esclavitud. Los pueblos llamados á regenerar la humanidad le traen el germen de la libertad, principio de toda vida.

Habia en las costumbres germánicas un principio de subordinacion de una persona á otra, y este fué el origen del vasallaje feudal. Á primera vista, el vasallaje parece una decadencia, porque el vasallo no es un hombre libre á la manera del ciudadano de Atenas ó de Roma. No hay aquí libertad en el sentido antiguo; todo hombre es dependiente de un superior. Diríase que la libertad pierde y que la servidumbre gana. Al fin de la época carlovingia, la clase de hombres libres ha casi desaparecido; pero cuando de cerca se considera, se descubre un inmenso progreso en medio de esa decadencia aparente. La libertad antigua conduce á la despoblacion y á la muerte. La dependencia personal de la Edad Media lleva á la vida y á la verdadera libertad. ¿De dónde depende esta especie de milagro?

Desde luégo resulta con toda evidencia que hay progreso del esclavo al siervo. Aristóteles, el gran político de la antigüedad, asimila el esclavo á una máquina. El siervo es un hombre, su individualidad está reconocida, tiene personalidad jurídica: en efecto, puede casarse y ser propietario, aunque con restricciones. No hay diferencia esen-